

labios se oiría pedir un racero semejante al que aplicaron a sus propios negocios, al que siguen aplicando en la custodia de sus dineros. Eso lo conocen los gobernantes y se guardan bien de caer en el suplicio del adinerado.

Por el contrario, lo que el observador inconforme puede sorprender es el afán comprensivo con que en estos países se busca al hombre que no ha hecho dinero, pero que sí representa un criterio de estudio, de amor resuelto por las cosas de la patria.

No es un hombre hecho en lo que llaman «la escuela de la vida», es decir, en la especulación diaria y desesperada a que obligan los negocios, el andar haciéndolos para ganar dinero, pero en cambio, tiene conciencia de lo que es una patria con su economía y su educación y sus leyes y todo lo que constituye su existencia noble y sin ataduras, libre de compromisos infames. Al adinerado oponen los gobernantes de nuestros países el hombre de preocupaciones superiores, el hombre de estudio, el hombre no práctico en el sentido de no ser un hombre de negocios. Esta circunstancia hace crecer en una recta ascendente a nuestros pueblos. ¿No los vemos así?

El «home necio» escarnecido por el Arcipreste no llega nunca por virtud de su dinero a tener influencia decisiva en el rumbo cierto de un país. Los gobernantes no lo toleran. Está bien en su mundo, pero de sus linderos nadie ha de sacarlo sin recibir la burla y el repudio. Es un sentimiento cruel y si tu-

viéramos arranques combativos, emprenderíamos la lucha por el regreso del adinerado a la dirección de estos países. Y lo haríamos para que los gobernantes comprendieran que sin el adinerado, no hay consejo salvador. Dicen que es hombre de limitaciones profundas, pero ¿para qué las preocupaciones de orden superior, si lo que los países exigen es que se les administre como se administra una finca, una casa, un banco, una pulpería? Pediríamos que cada vez que hubiera necesidad del consejo de los mejores, el adinerado ocupara todos los sitios cercanos al gobernante de modo que su parecer fuera acatado. El Arcipreste pudo pensar que el adinerado era el improvisado despreciable que escalaba funciones destinadas a la virtud y al estudio. Pero el Arcipreste vivió hace seis siglos y al cabo de un período tan largo, nadie va a creer que lo afirmado por él sea la verdad. Sus juicios son severos. En nuestra época debemos pedir a los gobernantes el regreso triunfal del adinerado. Se dice que los pueblos marchan hacia una prosperidad grandiosa por la influencia que cerca de los gobernantes tienen los hombres de estudio, de preocupaciones de orden superior. Sin embargo, no hay que dar mucho crédito a afirmaciones apresuradas. En todo caso, mejor sería el panorama si el adinerado ocupara el puesto de dirección que debe ocupar en el gobierno de cada país. Mayores serían los bienes si los gobernantes inspirados en el odio del Arcipreste, cambiaran esa inspiración por un acatamiento sumiso al genio del adinerado.

temano tenían. Un temor profundo se apoderó de mí de que Raymond Leslie Buell ya tenía las conclusiones a las que deseaba llegar, y quería sólo, para presentar el aparato de una lógica que hiciera fe, poder decir que sumariaba observaciones hechas durante una visita a los países centroamericanos. Los centroamericanos no podemos ser demasiado suspicaces. Se nos ha engañado tanto que todo gesto norteamericano por fuerza nos tiene que parecer de amenaza. El folleto que me has prestado me demuestra que mis temores no estaban infundados. Tiene ese folleto, en su falta de sindéresis, todas las marcas de ser las *opiniones* de Buell pre-opiniones, y sus *observaciones*, buscadas adrede para justificar aquéllas. En otras palabras: Paréceme que Buell vino a Centroamérica con opiniones de previo formadas y sólo en busca de datos o informaciones sobre los cuales basar esas opiniones. Con más claridad aún: Paréceme que Mr. Buell no vino virgen sino que ya tenía preparado su parto y sólo quería legitimarlo.

Si tengo razón, Carlos, ¿cuánto motivo de tristeza hay en eso! Urge tremendamente que nos conozcamos los pueblos de estas Américas, que nos juntemos y nos comprendamos para que nos podamos querer. Cada vez que un norteamericano viene a nosotros y se obstina en no comprendernos, sino que mediante preguntas capciosas nos quiere hacer caer en declaraciones condenatorias para nosotros, nos alejamos más y más de la posibilidad de un mejor entendimiento interamericano, y en nosotros se afirma la creencia de que no es posible entendimiento verdadero y de que no debemos cifrar esperanzas en que se nos entienda *porque no se nos quiere entender*.

Claro que cuando un irresponsable nos pone mal, uno de esos reporteros de *The Sun* de Nueva York, un Cabot Lodge del *Herald-Tribune*, o un cualquiera de los periódicos *Scripps-Howard*, la cuestión es lastimosa pero no tan importante. Pero cuando un Henry L. Stimson o un Raymond Leslie Buell, individuos de gran responsabilidad, vienen y no hacen por entendernos, y sin ápice de vergüenza regresan a los Estados Unidos y publican libros y folletos sobre nosotros en los que campea la incompreensión y en los que se advierte malquerencia o desprecio apenas disimulados, no nos queda más que convencernos de que no nos quieren entender, sino sólo conquistarnos, los norteamericanos.

¿Qué te parece Henry L. Stimson, estadista de gran renombre, verdadero juriconsulto, varias veces miembro de Gabinete del Gobierno de los Estados Unidos, escogido, por el Presidente Coolidge para representante personal suyo en Nicaragua, y que llega a Nicaragua y hace que ha estudiado sus problemas, y dicta resoluciones terminantes para resolverlos, y hace creer que los ha resuelto, y recibe en premio el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Syracuse, y publica un libro editado por casa editora de gran reputación en Nueva York, en el que Nicaragua resulta *república federal*? Dime, honradamente, ¿crees que puede un hombre tan ilustrado como Stimson haber estu-

Juan del Camino

Cartago y enero del 31.

## La mala obra de Raymond Leslie Buell

### Carta abierta a Carlos Thomson

= Envío del autor. =

Sr. Don Carlos Thomson,  
Secretario en la América Latina  
de la *Liga de Reconciliación*.  
San José de Costa Rica, Centroamérica.

Mi querido Carlos:

Mucho te agradezco el ejemplar del folleto *The Central Americas*, editado por la *Foreign Policy Association* de los Estados Unidos y que contiene los tres artículos publicados dos en el *Times* y uno, en el *Herald-Tribune* de Nueva York y escritos por Mr. Raymond Leslie Buell, *Research Director* (Director de Estudios e Investigaciones) de la dicha *Foreign Policy*. Por mayo del año pasado, en Nueva York, Mr. Buell, a quien conocí entonces, me informó que tenía el proyecto de un viaje de estudio por estas repúblicas del Centro de América y que deseaba que yo le diese cartas de presentación para mis amigos. Sabedor de la influencia que la *Foreign Policy* ejerce en la opinión pública de los Estados Unidos y cómo Mr. Buell, por medio de sus estudios e investigaciones, es, si lo es alguien, quien dirige esa influencia, sentí hondo regocijo al

saber que por fin hombre tan importante quisiera entablar con individuos de Centroamérica el trato personal y el intercambio directo de opiniones sobre que tanto insistimos en la *Liga de Reconciliación* para el logro de un mejor entendimiento de los asuntos que afectan a diversas colectividades humanas. A Buell le ofrecí muchas cartas y aún le dije que inmediatamente les escribiría a mis amigos centroamericanos para que le tuviesen preparado material estadístico que él deseara obtener. Grandemente me sorprendió que Buell insistiera en que yo no le avisara a nadie de su viaje. Las alas se le cayeron a mi esperanza.

Porque los centroamericanos tenemos razón de sobra para sospechar de tantos norteamericanos como nos llegan a cogernos de improviso, a hacernos preguntas categóricas sobre asuntos trascendentales, a confundirnos con nuevos cuestionarios cada vez, y que después se van de entre nosotros, tan campantes, a construir fantásticos informes, basados sobre declaraciones nuestras hechas al descuido, y en los que llegan a conclusiones que de an-